

SERGIO VILLALOBOS R.

D A R W I N Y C H I L E

---

EN BUSCA DE NUEVOS HORIZONTES.

DESDE HACÍA VARIOS DÍAS el sur de Inglaterra era azotado por violentas tempestades que impedían la actividad de los puertos y obligaban a los navíos a buscar refugio o a alejarse de los peligros de la costa, para enfrentar en alta mar al viento y el oleaje. En Devonport el viento barría la salida de la bahía e inútilmente el buque de Su Majestad, *Beagle*, había intentado dos veces hacerse a la mar; pero aquel 27 de diciembre de 1831, aprovechando un poco de bonanza, su capitán, Robert Fitz-Roy, pudo al fin guiar la nave hacia afuera y alejarse de la costa antes que la tempestad volviese a cerrar.

El *Beagle* era un pequeño bergantín de madera, dos mástiles, velamen ligero, y que cargaba por todo armamento seis cañones. Había sido destinado por el Almirantazgo británico para las expediciones científicas y ahora regresaba a América para completar los estudios realizados en viaje anterior conjuntamente con la *Adventure*, bajo el mando superior del capitán Philip Parker King.

La misión confiada al capitán Fitz-Roy tenía por objetos precisos finalizar el estudio de las costas de la Patagonia y Tierra del Fuego, levantar los planos del litoral chileno y peruano y el de algunas islas del Pacífico y hacer una serie de observaciones cronométricas alrededor del mundo. Sin embargo, Fitz-Roy había querido ampliar el campo de la expedición y había solicitado la compañía de un naturalista, al que estaba dispuesto a cederle incluso la mitad de su cámara para que se acomodase bien. Se había presentado Carlos Darwin, joven de 21 años, tan entusiasta como falto de experiencia, y los graves lores del Almirantazgo, después de pesar su solicitud y escuchar algunas opiniones, habían aceptado sus servicios.

Los estudios de Darwin no eran de lo más profundo, pero su espíritu de observación y su pasión por el mundo de la naturaleza, suplían largamente la deficiencia. Había realizado estudios corrientes hasta ingresar en la Universidad de Edimburgo a estudiar medicina; pero ya sus aficiones se habían despertado y los insectos que había coleccionado, las conchas, las piedras raras y las pieles de aves y ratas, iban dando a su pieza un extraño parecido con la cueva de un alquimista de otros tiempos.

La dedicación a la medicina fue bien escasa y más bien el ambiente de la Universidad le sirvió para entrar en estrecho contacto con gente y cosas relacionadas con la naturaleza. Ya había leído ávidamente el libro de su abuelo Erasmo Darwin, *Love of the Plants*, que le había indicado el rumbo de la botánica, y algunas personalidades científicas le habían guiado en el conocimiento de los animales. Un negro, caído como del cielo, que había participado en un viaje exploratorio en Sudamérica, le enseñó la técnica para conservar las aves y preparar los animales pequeños.

Al cabo de un tiempo, el Decano de la Facultad de Medicina, que había distinguido especialmente al nieto de Erasmo Darwin, puso en conocimiento del padre, con la mayor discreción posible, que no creía verdaderamente que el joven Carlos llegara un día a ser médico. La rápida decisión del padre fue hacer de su hijo un pastor de Dios y lo envió al Colegio de Cristo en Cambridge. Pasaba así bruscamente, como anota Von Hagen, de lo natural a lo sobrenatural; sin embargo, como era de esperarlo, en la mente de Darwin triunfó lo natural.

Gozó entonces de las enseñanzas y la amistad del reverendo Juan Stevens Henslow, profesor de botánica, que no hizo más que ahondar sus aficiones; leyó además un libro que fue decisivo para arrojarlo en la senda exótica de las exploraciones científicas: *Personal Narrative of Travels to the Equinoxial Regions of America during the years 1799-1804*, de Alejandro von Humboldt. Desde entonces fue admirador profundo del sabio alemán, a quien calificó como "el más grande los viajeros científicos que jamás haya existido".<sup>1</sup> Las descripciones de Humboldt unían al sabor de lo desconocido y las maravillas de una naturaleza ignorada, el encanto poético de su relato, cosas suficientes para trastornar la mente de un joven impulsivo.

Mientras los fundamentos del Cristianismo y la Teología progresaban en el curso, las ideas de Darwin se aferraban cada vez más a los fenómenos con-

<sup>1</sup>Sobre los primeros años de Darwin puede verse la obra de Víctor Wolfgang von Hagen *Grandes Naturalistas en América*, México, 1957.

cretos de la tierra. Las flores, las culebras, los insectos y las capas geológicas eran temas demasiado subyugantes para no huir de la especulación abstracta. El reverendo Henslow, convertido en su verdadero padrino, amparaba sus deseos y lo conducía cada vez más adentro en los misterios de las plantas. El libro de Humboldt ofrecía el panorama de América con un atractivo imposible de esquivar y desde entonces nuestro continente se convirtió en una obsesión para el estudiante de Cambridge.

Un día se decidió a ir a Londres con una carta de presentación para un comerciante con el fin de ver la posibilidad de algún barco en que pasar a América; pero no había tenido éxito. Abatido había regresado a casa de su padre, ahogando el paso de los días con la lectura de Humboldt y con el aprendizaje del castellano que, debido a su escasa habilidad para los idiomas, decidió encontrar "enormemente estúpido". Tales corrían los días, en el verano de 1831, cuando recibió una carta de Henslow dándole noticia del viaje de Fitz-Roy y de sus deseos de llevar a un naturalista.

Aquella fue una campanada de alegría que inútilmente el padre trató de atajar, pues el entusiasmo del joven y otras influencias concluyeron por doblegar la resistencia hogareña. Loco de entusiasmo, Darwin se había dirigido a hablar con Fitz-Roy y éste había aceptado su compañía. El capitán tenía solamente 26 años de edad, pero la dignidad de su porte y la distinción de sus maneras rodeaban a su persona de un aire de superioridad. Vivía ensimismado, impertérrito como si nada lo afectara, sin embargo, desde el primer momento, sintió aprecio por el joven naturalista.

El equipaje del improvisado nauta era pequeño, conforme la carencia de espacio en el bergantín: su ropa, unos libros para continuar el aprendizaje del castellano, un microscopio nuevo, un par de pistolas y un rifle. Como tesoros muy preciados había incluido el *Paraiso Perdido*, de Milton, los trabajos de Humboldt y un ejemplar que a última hora le había entregado el profesor Carlos Lyell de sus *Principles of Geology*, que estudiaría asiduamente durante la travesía del Atlántico.

Todo había transcurrido tan rápidamente, que ahora parecía casi increíble estar navegando en alta mar rumbo al sudoeste, hacia el continente de naturaleza hosca y de posibilidades ilimitadas.

El conocimiento que en los círculos científicos se tenía de América en aquellos años era, en general, satisfactorio; pero faltaba el estudio minucioso de innumerables regiones que habían recibido solamente la visita esporádica de algunos hombres de ciencia.

La centuria anterior había sido pródiga en viajes exploratorios organizados

con fines serios y poco a poco se habían ido develando los misterios del Nuevo Mundo.

#### POR LAS COSTAS AMERICANAS.

EL 29 DE FEBRERO DE 1832, el *Beagle* enfrentaba la costa brasileña en las proximidades de Bahía. Fue aquel uno de los días más felices de Darwin; apenas el barco había echado anclas en el puerto, el joven naturalista había desembarcado para internarse un poco en la selva como nuevo conquistador deseoso de tomar posesión de la tierra. Al regresar al barco estampó en su diario las impresiones cogidas: "El día ha transcurrido deliciosamente. Sin embargo, el término delicioso es débil para expresar los sentimientos de un naturalista que por primera vez ha vagabundado por una selva brasileña. El brillo del pasto, la novedad de las plantas parásitas, la belleza de las flores, el verde deslumbrante del follaje, pero sobre todo la lujuria de la vegetación, llenaron mi admiración. Una paradójica mezcla de ruido y silencio invade los lugares sombríos del bosque. El ruido de los insectos es tan fuerte que puede aun ser oído en un velero anclado a varios cientos de yardas de la costa; pero en los rincones apartados de la selva parece reinar un silencio absoluto.

"A una persona aficionada a la historia natural, un día como éste le proporciona un placer tan profundo, que no pensará sentirlo de nuevo".<sup>2</sup>

Después del primer contacto hubo varias oportunidades para recorrer puntos cercanos a la costa, tanto en Bahía como en Río de Janeiro, y siempre fueron la selva y sus creaturas los motivos más fascinantes para Darwin. El mar también ofrecía el atractivo de sus especies y no era posible sustraerse a su observación y estudio.

En la capital, residió Darwin en un *cottage* en la bahía de Botafogo. "Imposible desear nada más delicioso —anota— que permanecer algunas semanas en un país tan extraordinario. En Inglaterra cualquier naturalista puede sacar provecho de sus caminatas, habiendo siempre algo que llame su atención; pero en estos climas fértiles, bullentes de vida, las cosas de interés son tan numerosas, que difícilmente se puede avanzar mucho". Desde la misma casa, sin necesidad de salir, con la mayor tranquilidad podía Darwin dedi-

<sup>2</sup>Las citas del diario las hemos traducido de una edición hecha en Londres por George Routledge & Sons, titulada *The Voyage of Naturalist*

*round the World "in H. M. S. Beagle"*. En casos de duda hemos consultado la primera edición de 1839.

carse a observar las nubes que iban a chocar con la mole del Corcovado y estudiar las corrientes de aire, su ascensión y descenso, enfriamiento, la desintegración de las nubes y los efectos del calor solar.

La naturaleza parecía invadir la ciudad misma: "A menudo llovía fuerte, pero los vientos secos del sur volvían a hacer agradables los paseos. Una mañana en el curso de seis horas, cayó una pulgada y media de lluvia. Cuando esa tormenta pasó sobre la selva que rodea al Corcovado, el ruido producido por las gotas al chocar con la multitud de hojas era extraordinario; podía oírse a un cuarto de milla como si fuese un torrente de agua. Después de los días calurosos era delicioso sentarse tranquilamente en el jardín y mirar el paso del crepúsculo a la noche. La naturaleza, en estos climas, elige sus cantantes de intérpretes más humildes que en Europa. Una pequeña rana del género *Hyla* se sienta en unas hojas de yerba sobre la superficie del agua y deja oír su agradable canto: cuando hay varias reunidas cantan armónicamente... Cada anochecer comenzaba este gran concierto y a menudo me sentaba a escucharlo hasta que mi atención era sorprendida por el paso de algún insecto curioso".

Desgraciadamente para el naturalista, el Brasil no era el objeto principal del viaje y después de una permanencia de cuatro meses abandonaron sus costas para seguir hacia el sur.

A mediados de julio el *Beagle* penetraba en la desembocadura del Plata en medio de una noche oscurísima que pronto los relámpagos y una tempestad vinieron a perturbar. Los fenómenos eléctricos produjeron el efecto llamado fuego de San Telmo y el mastelero y las vergas del navío resplandecían como si fuesen fosforescentes. El mismo mar parecía adquirir luminosidad al romperse sus aguas y todo ofrecía un aspecto fantasmagórico interrumpido sólo por el latigazo nervioso de un rayo en el aire.

El punto de desembarco fue el puerto de Maldonado en el Uruguay, donde permaneció Darwin durante diez semanas.<sup>3</sup>

Allí entró en contacto por primera vez con la gente de habla castellana y con las costumbres de las que habían sido colonias de España, que veintidós años después de su emancipación seguían ofreciendo aspecto de atraso e incultura.

En sus peregrinaciones por el interior del país pudo el joven inglés admi-

<sup>3</sup>En la ilación del relato seguimos exactamente al ir y venir del *Beagle* por las costas meridionales de América, el orden dado por Darwin a su diario, aun cuando él no corresponda

rarse tanto con la naturaleza como con la gente. Dejemos que él mismo nos relate sus experiencias en un viaje hasta el río Polanco.

“Pasamos nuestra primera noche en una casita de campo aislada. Allí me di cuenta de que yo era portador de dos o tres objetos, especialmente una brújula de bolsillo, que producían el más extraordinario asombro. En todas las casas me pedían que mostrara la brújula y que con su ayuda, junto a un mapa, señalase la dirección de diferentes lugares. Causaba la más viva admiración que yo, un extranjero, pudiese saber el camino (ya que dirección y camino son sinónimos en este país llano) a lugares donde nunca había estado. En una casa una joven enferma en cama, mandó rogarme que fuese a mostrarle la brújula. Si la sorpresa de la gente era grande, la mía era mayor al encontrar tal ignorancia entre quienes poseían miles de cabezas de ganado y estancias de gran extensión”.

Mayor asombro causaron los fósforos que llevaba Darwin, viéndose obligado a encender varios en grupos de gentes que se había reunido especialmente para ver la novedad. Personaje tan extraño tenía que despertar la más aguda curiosidad y como se le tomase por una enciclopedia andante debió atender a consultas tan arduas como si era verdad que la tierra giraba alrededor del sol, dónde estaba España, si Londres y Norteamérica eran distintos nombres dados a un mismo país, etc.

En el villorrio de Las Minas causó sensación el lavado matinal de nuestro viajero y un comerciante, un poco receloso, lo interrogó minuciosamente sobre costumbre tan singular, tomándolo, al parecer, por un mahometano, ya que, según había oído hablar, las abluciones eran recomendadas por la religión mahometana.

“El asombro por la brújula y las demás baratijas —anota Darwin— era hasta cierto punto ventajoso, también las largas historias que contaban mis guías sobre mi costumbre de romper piedras, el conocimiento de las serpientes venenosas y de las inofensivas, el hecho de coleccionar insectos, etc., para retribuir la hospitalidad que me daban. Estoy escribiendo como si hubiese estado entre los habitantes de Africa central. La Banda Oriental (Uruguay) no se sentirá halagada por la comparación; pero ésas eran mis impresiones entonces”.

También tuvo oportunidad de conocer a los gauchos, que describió en una pulpería: “Su aspecto es chocante; son generalmente altos y buenmozos, pero tienen una expresión que refleja el orgullo y la disolución. Comúnmente usan bigote y pelo largo, que cae en la espalda formando bucles. Con sus trajes de colores brillantes, las grandes espuelas tintineantes cerca de los ta-

lones, y los cuchillos parecidos a dagas (a menudo usados como tales) en el cinto, parecen una clase de hombres distinta de lo que hace suponer su nombre de gauchos o simples campesinos. Su cortesía es excesiva; jamás toman un trago sin que uno lo pruebe; pero al mismo tiempo que hacen una graciosa reverencia, están dispuestos a cortaros la garganta si la ocasión se ofrece”.

Como resultado de sus búsquedas científicas, pudo Darwin reunir una colección casi completa de los mamíferos, aves y reptiles del país; veinticinco especies de pájaros, nueve de culebras, ocho de ratones y otras más, fueron trofeos preciosos conquistados en la región. Entre otras curiosidades, pudo estudiar y cazar ejemplares del roedor más grande del mundo, el capibara o puerco de río (*Hydrochoerus capybara*) y el tucutuco (*Ctenomuy brasiliensis*), que le interesó sobremanera.

El 24 de julio el *Beagle* volvía a surcar las aguas del mar abierto para dirigirse al sur a la desembocadura del Río Negro, comienzo de la Patagonia, a donde llegaría diez días después. Darwin se separó allí del barco para iniciar un largo viaje por tierra hasta Buenos Aires, con el fin de recorrer la pampa, que tan promisoría se mostraba a su vista.

Era aquella la época en que la colonización argentina avanzaba hacia el sur, apoyada en las armas para desplazar al indio. Las campañas se sucedían desde hacía años y en ese momento el general don Juan Manuel de Rosas, después de haber desempeñado brevemente el gobierno de Buenos Aires, reiniciaba las operaciones que tanta fama le habían dado. Eran los días en que su estrella iba en ascenso. Darwin tuvo así oportunidad de conocer al general, sus soldados y la modalidad de la lucha. Viajando al norte, al cruzar el río Colorado encontró el campamento: “Era un cuadrado formado de carretas, artillería y chozas de paja. Los soldados eran casi todos de caballería; creo que nunca se ha reunido antes un ejército con mayor parecido a un grupo de villanos y bandidos. La mayoría de los hombres eran de raza mezclada, entre negra, india y española. No sé por qué, pero los hombres de tal origen, rara vez tienen buena catadura”.

Rosas lo acogió amablemente y en una larga entrevista, Darwin quedó favorablemente impresionado: “Es un hombre de extraordinario carácter y tiene una influencia decisiva en el país, que probablemente utilizará en favor de su prosperidad y desarrollo. Se dice que es propietario de 74 leguas cuadradas de tierra y de cerca de 300.000 cabezas de ganado. Sus propiedades son manejadas admirablemente y producen mucho mayor cantidad de cereales que las de otros. Los primeros pasos de su celebridad los ganó por las

leyes que dictó para sus propias estancias y por la organización y disciplina que dio a unos cuantos cientos de hombres, suficientes para rechazar los ataques de los indígenas”.

La entrevista transcurrió gentilmente, sin que por ello el general perdiese su estudiada gravedad, e incluso logró una orden para que en su trayecto hasta la capital los jefes de las postas le prestasen ayuda<sup>4</sup>.

Después de pasar dos días en el campamento, Darwin reinició la marcha con un hombre que le servía de guía. El camino estaba lleno de peligros por las incursiones de los indios y entre posta y posta había que andar con el ojo muy alerta. Bastaba la aparición de cualquiera creatura viviente en la lejanía de la llanura, unos caballos o avestruces, para sospechar una avanzada de los naturales y precaverse apurando el trote o buscando un lugar fácil para la defensa. Las mismas postas no ofrecían mucha seguridad: eran unos ranchos de paja rodeados de empalizadas y con cuatro o cinco soldados de dudosa utilidad. Para mayor emoción, el tema obligado de las conversaciones era sobre tal o cual ataque de los indígenas o el recuerdo de algunos crímenes.

Un día, estando en la recién fundada colonia de Bahía Blanca, llegó la noticia de que los soldados de una posta en el camino a Buenos Aires habían sido pasados a cuchillo por los indios y al día siguiente llegó un destacamento de 300 hombres enviados rápidamente con el fin de perseguir a los asaltantes. El destacamento estaba formado principalmente de indios leales y aquella noche que pasaron en Bahía Blanca dejaron la impresión del mayor salvajismo. En el vivac los soldados bebían hasta caer perdidos, algunos tomaban la sangre caliente de los vacunos muertos para la comida, otros tenían náuseas y a la luz rojiza de las fogatas la suciedad de sus trajes y las manchas de sangre les daban aspecto de desalmados.

Solamente el estudio de los animales y de la conformación geológica de la

<sup>4</sup>Causa verdadero asombro comprobar la actitud teatral de los caudillos argentinos frente a los extranjeros y quizás ante todos sus semejantes. La entrevista de Darwin con Rosas nos recuerda forzosamente la de María Graham con San Martín, en que éste quedó retratado con toda su pedantería y gravedad a cuestras.

También llaman la atención las esperanzas que Darwin veía en Rosas,

apreciación que puede conjugarse con la de otro viajero, el sueco Skogman, que aun cuando vio en 1842 y 1852 los horrores del régimen del tirano, lo juzgó poco menos que hombre providencial. Sobre esto último puede verse el trabajo que publicamos en el N° 58 del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, titulado *Chile en 1852 según el diario del marino sueco C. Skogman*,

pampa quitaban a Darwin la obsesión del peligro; pero no las impresiones fuertes, pues fue entonces cuando descubrió, entre otras cosas, un conjunto de fósiles grandiosos en las cercanías de Bahía Blanca. Eran tres cabezas y otros huesos del *Megatherium*, restos del *Megalonyx*, un esqueleto casi completo del *Scelidotherium*, animal parecido al rinoceronte; el *Mylodon Darwinii*, una especie extinguida de caballo, un diente de paquidermo, y finalmente, el *Toxodon*, uno de los animales más extraños descubiertos por él: "por su tamaño —escribe en el diario— iguala a un elefante o a un *Megatherium*, pero la estructura de sus dientes, como anota Mr. Owen, prueba indudablemente que estaba íntimamente relacionado con los roedores, el orden que, actualmente, comprende a los más pequeños cuadrúpedos. En muchos detalles se aproxima a los paquidermos; a juzgar por la posición de sus ojos, orejas y nariz, era un animal acuático, como el dugongo y el manatí, a los que también se parece. ¡Cuán maravillosamente confundidas se encuentran los diferentes órdenes, en la época actual tan bien separados, en los detalles estructurales del *Toxodon*!".

La frase admirativa de Darwin es todo un indicio de la inquietud que ya le despertaba la similitud de las especies antediluvianas con las actuales, primer paso para una teoría evolucionista, que indudablemente comenzó a rondar en su mente desde el viaje por América.

La jornada de Bahía Blanca a Buenos Aires, a pesar de los temores, transcurrió sin novedad y tuvo oportunidad Darwin de completar sus observaciones sobre la pampa escalando la Sierra de la Ventana.

La ciudad misma de Buenos Aires, como todas las ciudades, no parece haberle interesado, pues al fin y al cabo su espíritu buscaba más bien el ámbito de la llanura, la selva y la montaña más que el mundo del hombre civilizado. Realizó desde allí una excursión al interior y después tuvo que regresar para embarcarse en el *Beagle*, que ahora se dirigiría al extremo sur del continente.

#### UNA OPINIÓN SOBRE LA PATAGONIA.

DESDE LOS DÍAS MISMOS de la Conquista, los gobernadores de Chile habían recibido un campo de jurisdicción que no sólo incluía la vertiente del Pacífico sino que también se extendía al oriente de la Cordillera y en las tierras meridionales incluía íntegro el territorio llamado de la Patagonia.

A lo largo del período colonial se había mantenido inalterable la jurisdicción de los gobernadores de Chile sobre la Patagonia y en el siglo XVIII ha-

bía recibido la más rotunda confirmación al crearse el virreinato de Buenos Aires, cuyo límite sur era la línea del río Diamante y del río Negro<sup>5</sup>. Desde allí comenzaba la Patagonia y la dominación de España continuaba hasta las tierras antárticas bajo la autoridad de nuestros gobernantes.

Al separarse los países americanos de la corona de España, conservaron los límites que habían tenido como colonias y de allí derivaron los derechos de Chile sobre la Patagonia, el Estrecho de Magallanes, la Tierra del Fuego y la Antártida.

El 23 de diciembre de 1833 el *Beagle* tocaba en Puerto Deseado, en plena Patagonia, a los 47° de latitud sur. Era una bahía desierta, en la cual todavía podían observarse los restos de un establecimiento español. Aquel primer contacto bastó a Darwin con otros testimonios que tenía, para explicarse el fracaso de la colonización en aquel punto: "La sequedad del clima durante la mayor parte del año y los ataques esporádicos de los indios nómades obligaron a los colonizadores a abandonar sus edificios a medio construir. Sin embargo, las características con que fueron comenzados demuestran lo fuerte y liberal que era la mano de España antiguamente. Todos los intentos de colonizar en esta parte de América, al sur de los 41°, han sido desgraciados".

El contacto con la naturaleza confirmó a Darwin la idea de la escasa utilidad que la Patagonia podía tener para el hombre. En todos los puntos que recorrió le impresionó la sequedad y la pobreza de la vida animal: "No había un árbol —escribe en cierto pasaje— y excepto algún guanaco que desde una colina vigilaba su rebaño, escasamente había un animal o pájaro. Todo era quietud y desolación".

A medida que su experiencia en aquellas regiones se iba completando, iba también adquiriendo caracteres definitivos su noción geográfica: "El paisaje seguía siendo el mismo, de escasisimo interés. La completa similitud de los productos a través de la Patagonia, es uno de sus caracteres más notables. Las llanuras pedregosas dan lugar a la misma planta raquítica y en los valles crecen los mismos arbustos espinosos. En todas partes se ven los mismos pá-

<sup>5</sup>Sobre los títulos de Chile relativos a la Patagonia es decisiva la obra de Carlos Morla Vicuña, *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego* (Leipzig, 1903), cuyas conclusiones aparecen confirmadas por el mapa de don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, entregado por la

corte española al primer virrey de Buenos Aires don Pedro Ceballos, para que se manejase en todo conforme a él. Puede verse al respecto nuestro trabajo *El Canal de Beagle y las Tierras Australes: su historia*, publicado en el N° 113 de los *Anales de la Universidad de Chile*, correspondiente a 1959,

jaros e insectos. Aun las orillas de los ríos y de los arroyos que entran en ellos, escasamente aparecen animados por un césped verdegueante. La maldición de la esterilidad pesa sobre la tierra y el agua misma al fluir por un lecho de cascajos, participa también de ella. En consecuencia, el número de aves acuáticas es muy limitado, pues no hay nada para sustentar la vida en las aguas estériles del río”.

La visita de Darwin no estuvo reducida a la costa, sino que en la región del río Santa Cruz penetró en una expedición con el capitán Fitz-Roy, hasta alejarse más de 200 kilómetros del Atlántico, llegando hasta las proximidades de la Cordillera; pero su impresión no cambió y el 4 de mayo escribía en su diario, después de narrar las peripecias del viaje en bote contra la corriente del río: “El capitán Fritz-Roy decidió no proseguir más arriba. El río tenía un curso tortuoso y era muy rápido; el aspecto del paisaje no ofrecía ninguna tentación para seguir adelante. En todas partes encontrábamos las mismas especies y la misma desolación”.

Tal fue la opinión de Darwin sobre la Patagonia.

Desde hace tiempo algunos historiadores chilenos han señalado la noción dejada por Darwin como una de las causas de que Chile perdiese la Patagonia, alegando que su opinión, ampliamente difundida y acogida por Lastarria y Barros Arana, fue decisiva para que se mirase en menos aquella región. Sin embargo, una afirmación tan grave y condenatoria no puede ser acogida con seriedad. En primer lugar, hay que tener en cuenta que las informaciones dadas por Darwin no eran las únicas que existían; en segundo lugar, que las posibilidades económicas de la región no eran verdaderamente promisorias en una época en que las técnicas estaban tan poco desarrolladas y, en tercer lugar, que la Patagonia se perdió por factores más decisivos: la situación de incertidumbre que estaba viviendo nuestro país con motivo de la Guerra del Pacífico cuando en 1881 tuvo que firmar el Tratado de Límites con Argentina.

Referente al primer punto, cabe señalar la expedición llevada a cabo por Viedma en 1782 y la obra de Tomás Falkner, vastamente conocida en los círculos científicos, *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America*, publicada en Hereford en 1774 y reeditada por don Pedro de Angelis, con algunas omisiones, en Buenos Aires el año 1836 en su famosa *Colección de obras y documentos sobre el Río de la Plata*. En esa obra, como en las de otros viajeros anteriores a Darwin, existía ya el testimonio de una Patagonia árida, casi inútil, de suerte que no fue el naturalista inglés el único ni el primero en afirmar esas características,

Basándose en la idea general reinante, don José Victorino Lastarria escribía a mediados del siglo pasado en sus *Lecciones de Geografía Moderna*: "Con el nombre de Patagonia se conoce todo el país al sur de las fronteras del Río de la Plata y Chile. Este país ofrece el aspecto más horrible; al E. de la Cordillera apenas hay más árboles que algunos sauces a las orillas de los ríos, ni se sabe haya mineral alguno, y en cuanto a animales, no hay más que huanacos y zorrinos"<sup>6</sup>.

Años más tarde, en 1871, don Diego Barros Arana, en la primera edición de sus *Elementos de Geografía Física* repetía ideas semejantes: "La Patagonia desde su extremidad meridional hasta las orillas del río Colorado, no es más que un inmenso desierto donde aparece sólo por intervalos una vegetación raquílica y espinosa: aguas salobres, lagos salados, incrustaciones de sal blanca, se alternan con esta triste vegetación".

Como es sabido, tanto Lastarria como Barros Arana desempeñaron misiones diplomáticas en el Plata, tendientes a llegar a un acuerdo en los asuntos de límites; pero fracasaron sin que se llegase a ningún resultado.

Especialmente duros con Barros Arana han sido algunos historiadores contrarios al espíritu liberal y renovador que manifestó en su vida el autor de la *Historia General de Chile*, y lo han señalado como el hombre que "entregó" la Patagonia. Por esta vía se llega a enjuiciar a Darwin.

Sin embargo, para andar con calma y no dejarse llevar por la pasión, hay que tomar en cuenta que las negociaciones de Barros Arana en 1878 no se perfeccionaron en un acuerdo y que su actuación en el Tratado de 1881 fue sólo indirecta.

Ultimamente Jaime Eyzaguirre ha insistido y acumulado nuevos antecedentes para responsabilizar a Barros Arana y detrás de él a Darwin. En un folleto titulado *La soberanía de Chile en las Tierras Australes* acusa al historiador chileno de haber aceptado las opiniones del naturalista inglés y de no haberlas modificado, aun cuando nuevas exploraciones y publicaciones las habían rectificado.

Leamos el párrafo respectivo, que es digno de ser analizado: "Es cierto que ya en 1857, el impenitente andariego don Vicente Pérez Rosales, que había llegado también hasta la Patagonia, puso en guardia en su *Ensayo sobre Chile* frente a las gratuitas aseveraciones acerca de un territorio que se encontró

<sup>6</sup>Citado por Ernesto Greve, *Diego Barros Arana en la cuestión de límites entre Chile y la República Argentina*, en *Anales de la Universidad de Chile*, N.os 109-110, año 1958.

'más fácil calumniar que estudiar y conocer penetrando en él'. Es verdad, asimismo, que diversas exploraciones habían ido despejando la incógnita de ese 'país desconocido', como la que encabezaron, a fines de 1877, el teniente de marina don Juan Tomás Rogers y el naturalista don Enrique Ibar y cuyas conclusiones se incluyeron en el tomo V del *Anuario Hidrográfico de la Marina Chilena* (Santiago, 1879). Pero el señor Barros Arana prescindió de estos pareceres y en las sucesivas ediciones de su obra, publicadas en 1876 y 1881, mantuvo inalterables sus anteriores afirmaciones. El parecer de Darwin se había transformado para él en dogma definido e inapelable"<sup>7</sup>.

Vamos viendo por partes. En primer lugar, el testimonio de Pérez Rosales no era de ningún valor, pues no conocía ni había andado por la Patagonia, como dice el señor Eyzaguirre. En sus *Recuerdos del pasado* dice que había llegado por el sur "hasta más allá del río Colorado", lo que significa que no había alcanzado al río Negro, que era precisamente el comienzo de la Patagonia. Por lo demás, en los mismos *Recuerdos*, al referirse al pie oriental de la Cordillera, hace extensivos sus conocimientos hasta los 37° de latitud sur, lo cual confirma lo anterior. La frase colocada por él en su *Ensayo sobre Chile*, citado por el señor Eyzaguirre, carecía, en consecuencia, de todo valor y era demasiado insignificante para tomarla en cuenta.

En lo que se refiere a las exploraciones de Rogers e Ibar, la acusación parece ser más grave, pues sus resultados, publicados en el *Anuario Hidrográfico*, habrían rectificado el juicio existente sobre la Patagonia. Sin embargo, este alegato descansa sobre antecedentes falsos.

Si se tiene precaución de leer con cuidado los informes o diarios de Rogers e Ibar, se llega forzosamente a la conclusión de que en ellos no hay la menor rectificación a las opiniones de Darwin, a quien, por lo demás, igual que a Fitz-Roy, se menciona con respeto.

Tanto Rogers como Ibar distinguen en sus relatos dos zonas bien definidas que recorrieron, la Patagonia occidental y el pie de la Cordillera y la Patagonia oriental. La primera, que fue la que quedó posteriormente dentro de los límites de Chile, la encontraron con una vegetación de cierto valor, que podría dar lugar a una ganadería de esfuerzo, mientras que la segunda, que era la recorrida por Darwin y que quedó en poder de Argentina, les pareció de una pobreza insufrible. Es decir, sus datos vinieron a confirmar las nociones que existían más que a variarlas. Por lo demás, la exploración abarcó

<sup>7</sup>Eyzaguirre, *La soberanía de Chile en las Tierras Australes*, Santiago, 1958, pág. 16.

un territorio pequeñísimo, de Punta Arenas a río Gallego, lo que es una insignificancia dentro de los enormes territorios que se disputaron.

Para que no quepa la menor duda de lo que afirmamos, copiaremos a continuación las líneas en que el naturalista de la expedición, don Enrique Ibar, dirime lo relativo al valor de la Patagonia.

“Es un hecho bien observado —dice— la mayor fertilidad de la Patagonia en su parte occidental, la que corresponde a los Andes. La causa de esta diferencia muy notable entre la región central y la occidental puede, a mi ver, referirse a dos órdenes de hechos: constitución geológica del terreno y condiciones atmosféricas: en las laderas de los Andes y sobre todo en sus quebradas, se ha acumulado el producto de la descomposición y desgaste de las rocas volcánicas y es sabido que en estas rocas es donde se contiene la mayor proporción de principios aparentes para favorecer el desarrollo de la vegetación. Por otra parte, los vientos reinantes del O. cargados con la humedad del Océano Pacífico, depositan sus aguas en la primera porción del continente por que pasan; de aquí la frecuencia y abundancia de lluvias, los depósitos de nieve en las alturas y el gran número de arroyos que recorren el terreno y de lagunas que se forman en él. La vegetación tiene aquí a la humedad en su favor. Esta, unida a la favorable naturaleza del terreno, explica la existencia de una flora, si no variada, a lo menos fértil.

“En la región oriental de Patagonia, en la vecindad del Atlántico sucede algo semejante; pero el centro del continente, la zona situada entre estas dos, ofrece un espectáculo que contrasta con ambas: la vida vegetal es pobre, débil y monótona; pues el terreno está formado por aluvión moderno, compuesto casi todo de una guija desgastada y una arena incapaz de proporcionar a la flora lujo y exuberancia. Por otra parte, los vientos que la recorren escasos ya de humedad, no pueden dar a la capa superficial de la tierra el jugo con que se elabora la vida vegetal”<sup>8</sup>.

Si se deja de lado la creencia de Ibar de que la costa del Atlántico —que nunca visitó— tenía algún parecido en su fertilidad a la zona cordillerana, su juicio es exacto.

En un párrafo más adelante, Ibar insiste en sus observaciones: “El 18 de diciembre a las 9 de la mañana entramos a la pampa. Fuertes presunciones tenía para creer que esta parte central de la Patagonia fuera la más árida. Las he visto confirmadas. La constitución del suelo es de aluvión moderno, arena fina y por consiguiente es ingrato aun para la más escuálida vegetación.

<sup>8</sup>*Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo V, apéndice, pág. 26.

Nuestras miradas se extendían en todas direcciones, sin percibir el arbolillo más insignificante. Nada interrumpe la monótona uniformidad de este suelo cubierto sólo con los dispersos y hemisféricos céspedes del coirón (gramínea) y salpicado aquí y allá con otras pobres plantas como una especie de *acaena* que pude conocer<sup>90</sup>.

¿No era aquélla la misma aridez y monotonía descrita por Darwin?

¿En qué consistían las rectificaciones de Rogers e Ibar?

Es verdaderamente lamentable que el señor Eyzaguirre haya manejado los diarios de Rogers e Ibar con tan extraño descuido y más aún, que en su folleto *La soberanía de Chile en las Tierras Australes*, lanzado a la publicidad, por este y otros motivos, con demasiada precipitación, haya dejado estampada una acusación tan injusta contra Barros Arana y Darwin.

Resta agregar, como una última consideración, que la Patagonia la perdió Chile no por las ideas de uno o dos hombres, sino como una lógica consecuencia de la situación del país.

En 1881, al firmarse el Tratado de Límites con Argentina, Chile había triunfado en la Guerra del Pacífico y dominaba a Lima después de las batallas de Chorrillos y Miraflores; pero el territorio peruano no quedaba bien sometido y en muchas regiones los caudillos se aprestaban a continuar una guerra de sorpresas, que exigiría de Chile un despliegue militar constante en el Perú. Los encuentros que se libraron en La Concepción, Sangrar y Huamachuco, fueron testimonios trágicos de lo que afirmamos. Todavía más, para controlar el importante núcleo de Arequipa, donde según se decía, se preparaba una fuerte división, fue necesario aun equipar una expedición especial.

Mientras se mantenía esa situación militar, no se veía ninguna posibilidad de firmar la paz. Bolivia, aislada en las alturas de la meseta, permanecía intocada.

Por otro lado, a consecuencia de los intereses puestos en juego, las grandes potencias perjudicadas a lo largo de la lucha, Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos, ejercían toda clase de influencias para poner término al estado de cosas creado por la guerra. En más de una ocasión la actitud de los Estados Unidos asumió el carácter de una franca intervención o sencillamente de amenaza armada. Dado estos factores, el porvenir de Chile no se mostraba claro. ¿Hasta cuándo duraría la ocupación del Perú? ¿Qué territorios quedarían en poder de Chile? ¿Qué papel iban a jugar en definitiva las grandes potencias?

<sup>90</sup>Obra citada, apéndice, pág. 38.

Todos esos problemas fueron los que pesaron en la redacción del acuerdo con Argentina y por ello se cedió la Patagonia. No convenía al país, que aún no salía de una guerra cruenta y costosa, y que se había echado encima para siempre el odio de dos naciones en el Pacífico, entrar en disputas y agregarse un tercer enemigo en el Atlántico.

Esas fueron las verdaderas razones que pesaron en la mente de los gobernantes de 1881 y no la opinión más o menos exacta de un naturalista.

#### OTRO PROBLEMA INTERNACIONAL: EL CANAL BEAGLE.

EL 17 DE DICIEMBRE DE 1832, poco después de mediodía, el *Beagle* cruzaba el Estrecho de Lemaire, entre Tierra del Fuego y la Isla de los Estados, para penetrar en el Pacífico y recorrer los numerosos canales e islas del extremo meridional.

Era ésta una de las regiones más interesantes del viaje, que Fitz-Roy se proponía explorar para completar los estudios realizados anteriormente por el *Beagle* y la *Adventure*. Entre los años 1826 y 1830, ambas naves puestas bajo las órdenes de Phillip Parker King, habían reconocido aquellas costas realizando de preferencia trabajos hidrográficos, que habían significado decisivos aportes para el conocimiento de la zona. Entre uno de los hallazgos más sobresalientes se encontraba el de un canal, que limitaba por el sur a la isla grande de Tierra del Fuego, al cual se le había dado el nombre de Beagle en recuerdo de la nave capitaneada por Fitz-Roy.

Las características del Canal, fijadas por los oficiales del *Beagle* y el mismo Fitz-Roy, eran las siguientes:

- Extensión de 120 millas entre Bahía Cook y Cabo San Pío.
- Curso aproximado de este a oeste casi recto.
- Salida oriental recta en dirección este-sur-este hasta "el mar de afuera".
- Orillas muy paralelas.
- En su curso medio se le junta desde el sur el Seno Ponsonby o Paso Murray.

El Canal fue recorrido en diferentes direcciones y su noción geográfica quedó definitivamente establecida por sus descubridores. Fitz-Roy anotó los datos en su diario de viaje, publicado posteriormente con carácter oficial, y el capitán Parker King los consignó en una conferencia leída ante la más docta y famosa institución geográfica del mundo, la Royal Geographical Society de Londres<sup>10</sup>.

<sup>10</sup>Sobre el Canal Beagle y el dominio de Chile en las islas Picton, Nueva y Lennox, han visto la luz pública varios trabajos. El más antiguo y ex-

En el segundo viaje del *Beagle*, ahora con Darwin a bordo, se volvió a explorar las aguas del Canal y tuvo oportunidad el joven inglés de conocer aquella extraordinaria obra de la naturaleza.

Después de una travesía hasta el Cabo de Hornos, que mostró toda la rudeza de su fama, el *Beagle* se dirigió a las proximidades del Canal del mismo nombre y desde la Bahía Goree se desprendieron tres lanchas balleneras y una yola para navegar el Canal. Al mando de ellas iba Fitz-Roy con veinticuatro hombres y Darwin.

Al recorrer el Canal, Darwin quedó asombrado y en su diario lo describió en sus líneas generales: "es verdaderamente un rasgo extraordinario en la geografía de esta región y en la de cualquiera del mundo; puede compararsele con el valle Lochness en Escocia, con su cadena de lagos y bahías. Tiene alrededor de 120 millas de largo con un ancho medio de unas dos millas, no sujeto a grandes variaciones; a través de la mayor parte de su curso es tan perfectamente recto, que la vista, limitada a cada lado por una línea de montañas, gradualmente llega a hacerse borrosa en la distancia. Cruza la parte sur de Tierra del Fuego en línea este-oeste y en el medio se le junta por el lado sur, en ángulo recto, un canal irregular llamado Seno Ponsonby".

Las informaciones dadas por Darwin son idénticas a las obtenidas en el primer viaje del *Beagle* y de esta suerte puede decirse que la noción geográfica del Canal quedó confirmada y definitivamente establecida por la concordancia de los datos allegados por sus primeros exploradores. Desde entonces se llamó Canal Beagle al curso de agua que partiendo desde el Cabo San Pío y dejando al sur, entre otras, las islas Picton, Nueva y Lennox, se dirige al poniente hasta tocar la Bahía Cook.

tenso es el de J. Guillermo Guerra, *La soberanía de Chile en las islas al sur del Canal Beagle*, Santiago, 1917. Con motivo de los incidentes ocurridos en 1958 se ha renovado la preocupación por el Canal y han aparecido los siguientes estudios: Juan Agustín Rodríguez S., *Chile en el Canal Beagle y mares australes*, Valparaíso, 1958; Carlos Keller, *Nuestra frontera en el Canal Beagle*, en *Anales de la Universidad de Chile*, Nº 112, de 1958; Jaime Eyzaguirre, *La soberanía de Chile en las Tierras Australes*, Santiago, 1958; Sergio Villalobos R.,

*El Canal de Beagle y las Tierras Australes: su historia*, en *Anales de la Universidad de Chile*, Nº 113, de 1959. Todos esos trabajos demuestran la preocupación que los chilenos tienen por la defensa de sus derechos, mientras que en Argentina, donde el asunto Beagle ha sido impuesto artificialmente por políticos y marinos inescrupulosos, se carece totalmente de conocimiento respecto al Canal y fuera de los artículos bullangueros de la prensa, no existe ninguna obra relativa a él.

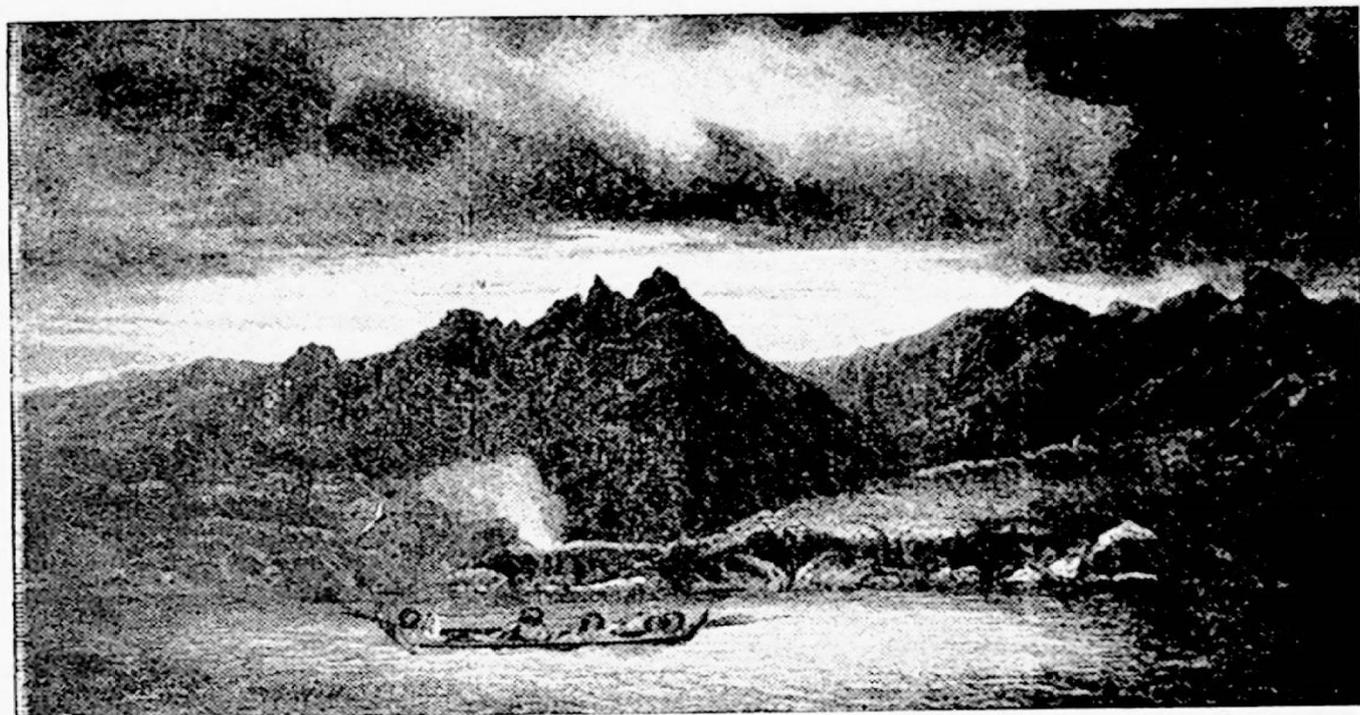
Esas nociones, ampliamente difundidas, fueron aceptadas por los geógrafos de todo el mundo, las instituciones especializadas y los organismos oficiales, incluso los argentinos.

Al firmarse en 1881 el Tratado de Límites entre Chile y Argentina, en la fijación de la soberanía sobre las tierras australes se tuvo en cuenta la noción correcta del Canal, que nadie discutía. El artículo 3º del Tratado, en uno de sus párrafos, establecía: "Pertenerán a Chile todas las islas al sur del Canal Beagle hasta el Cabo de Hornos y las que haya al occidente de la Tierra del Fuego". En esta forma, quedaba establecida la soberanía de Chile sobre las islas Picton, Nueva y Lennox; pero si bien esta verdad no fue discutida por entonces, más adelante un aventurero y un grupo de pseudogeógrafos y políticos argentinos en busca de popularidad, pretendieron desfigurar la noción del Canal para arrebatarse a Chile sus islas. Se ha alegado al otro lado de la Cordillera que el Canal no llega hasta el Cabo San Pío, que es más corto, que tuerce al sur antes de las islas Picton, Nueva y Lennox o que incluye en su boca a algunas de ellas, llegándose en éstas y otras teorías a darse verdaderos palos de ciegos entre los mismos "geógrafos" argentinos.

Esas tentativas, que prosiguen hasta el día, amparadas por el gobierno de Buenos Aires, carecen de todo fundamento, como es fácil demostrarlo por numerosos antecedentes. Uno de ellos es la descripción del Canal dejada por Darwin y de aquí uno de los motivos más importantes que tenemos para admirar su diario.

Muy lejos andaba Darwin de pensar que su sencilla descripción serviría algún día como documento de valor internacional. La naturaleza de aquellas tierras destrozadas, donde se confunden las islas con el agua, la selva, la nieve y el viento, fueron motivo de curiosas observaciones que desde el primer encuentro captaron el alma del joven inglés. Era aquella una tierra como de ilusión en que las cosas adquirían relieve fantástico: "¡Había algo de misteriosa grandeza en las montañas, sucediéndose unas tras otras y en la profundidad de los valles, todo cubierto por una densa masa de selva. La misma atmósfera, en este clima donde el huracán sucede al huracán con lluvia, granizo y nieve, parece más oscura que en ninguna otra parte. En el Estrecho de Magallanes, mirando desde Puerto del Hambre hacia el sur, los canales distantes, en medio de las montañas, parecen conducir con su lobreguez más allá de los límites de este mundo".

Las maravillas de la naturaleza tenían, sin embargo, con su secreto encanto, miles de peligros que acechaban a los navegantes; pero los mismos elementos desencadenados al angustiar los corazones ofrecían el espectáculo de lo gran-



Isla Wollaston, cerca del Cabo de Hornos.

En el Canal Magdalena.



dioso. Tratando de cruzar por el sur del Cabo de Hornos, sorprendió al *Beagle* la más horrible tormenta que experimentara y que Darwin describió en todo su furor: "Una violenta tempestad nos obligó a amainar velas y salir a alta mar. El oleaje rompía imponente en la costa y la espuma volaba por sobre un acantilado de aproximadamente 200 pies de alto. El 12 el huracán aumentó y no sabíamos con exactitud dónde nos encontrábamos: era sumamente inquietante oír a cada rato el grito de 'mantengan la vigilancia a sotavento'. El 13 la tormenta alcanzó el máximo de su intensidad; nuestro horizonte quedó estrechamente reducido por las nubes de espuma dispersas por el viento. El mar tenía un aspecto terrible, como una llanura convulsionada con manchas de nieve a la deriva. Mientras el navío luchaba denodadamente, los albatros se deslizaban con sus alas extendidas en medio del viento. Al mediodía una enorme ola reventó sobre nosotros y llenó una de las lanchas balleneras, que tuvo que ser botada inmediatamente. El pobre *Beagle* se estremeció con el choque y durante algunos minutos no obedeció al timón; pero rápidamente, como buen barco que era, enderezó el rumbo e hizo frente al viento de nuevo. Si otra ola hubiese seguido a la anterior, nuestro destino se habría resuelto pronto y para siempre. Hacía veinticuatro días que tratábamos en vano de avanzar hacia el oeste; los hombres estaban vencidos por la fatiga y desde hacía muchos días y noches no tenían nada seco para ponerse. El capitán Fitz-Roy desistió de proseguir al oeste por la costa exterior. Al atardecer navegamos a cubierto del Falso Cabo de Hornos y arrojamos el ancla a 47 brazas... ¡Cuán deliciosa fue aquella tranquila noche después de haber estado durante tanto tiempo envueltos por los elementos!".

Con razón, al concluir el viaje, Darwin recordaría la zona de Tierra del Fuego como una de las más fascinantes.

#### EL PUEBLO MÁS PRIMITIVO DE LA TIERRA.

DESDE QUE HABÍAN ENFRENTADO las islas australes, se habían presentado sus habitantes con aspecto miserable; pero deseosos de entrar en contacto con los extraños, aunque el *Beagle* no era ni con mucho el primer barco que surcase aquellas aguas. En la Bahía de Buen Suceso los vieron por primera vez: "Mientras buscábamos el fondeadero, fuimos recibidos con un saludo por los habitantes de esta tierra salvaje. Un grupo de fueguinos medio ocultos por la espesa selva se habían agrupado en una roca saliente sobre el mar y mientras pasábamos saltaban agitando sus harapos y lanzando gritos sonoros".

Aquel pueblo era motivo de especial curiosidad para los tripulantes del

*Beagle*, pues en compañía de ellos venían tres fueguinos tomados en el viaje anterior por el capitán Fitz-Roy. Había sucedido que andando en el ir y venir de los trabajos hidrográficos, los nativos se habían robado una lancha y en represalia Fitz-Roy había tomado prisioneros a dos hombres y una muchacha, a los que se agregó un muchacho comprado a cambio de un botón de nácar. Llevados a Inglaterra, uno de los hombres había muerto en el viaje, mientras los demás habían adquirido el barniz de la civilización. El muchacho había sido bautizado, en recuerdo de su compra, como Jemmy Button; el otro varón sobreviviente, que estaba en edad mediana, como York Minster, nombre de una de las montañas vecinas al canal Beagle, y la muchacha como Fuegia Basket.

Dejemos que el mismo Darwin nos hable de los tres personajes.

"York Minster era hombre maduro, bajo y muy fornido; su carácter era reservado, taciturno, melancólico, violento cuando se enojaba; su cariño era muy grande por algunas personas de a bordo y tenía cierta inteligencia. Jemmy Button era el favorito de todos, aunque era igualmente violento en sus enojos; la expresión de su cara revelaba inmediatamente su manera de ser. Era alegre y a menudo reía, siendo especialmente cariñoso con cualquiera que sufriese... Buen patriota, le gustaba alabar a su tribu y su tierra, en la cual, decía, había 'abundancia de árboles'; miraba en menos a las demás tribus y declaraba enfáticamente que en su tierra no existía el diablo. Jemmy era bajo y gordo, pero muy presuntuoso; siempre llevaba guantes, su pelo bien cortado y cuando sus lustrosos zapatos se ensuciaban, sentía un enorme pesar. Le encantaba mirarse en un espejo. Un indiecillo de carácter alegre que tomamos a bordo en Río Negro durante unos meses, pronto se dio cuenta de esta costumbre suya y solía burlarse de él. Jemmy, que siempre estaba celoso de las atenciones que se hacían al muchachuelo, no le gustaba esto y a menudo decía moviendo decepcionado la cabeza, 'demasiada chacota'.

"Aún me parece asombroso, cuando recuerdo todas aquellas buenas cualidades, que Jemmy fuese de la misma raza y participase del mismo carácter de los miserables salvajes que encontramos allí. Finalmente, Fuegia Basket era una muchacha de buen aspecto, modesta y reservada, aunque a veces su semblante era hosco. Tenía gran rapidez para aprender cualquier cosa, especialmente los idiomas. Lo demostró aprendiendo un poco de portugués y castellano cuando visitamos por corto tiempo Río de Janeiro y Montevideo y por el conocimiento que adquirió del inglés. York Minster se ponía muy celoso por cualquier atención que se le hiciese, pues era notorio que deseaba casarse con ella en cuanto desembarcasen en su tierra natal".

El deseo de Fitz-Roy era restituir sus protegidos a su tribu en compañía de un misionero, el reverendo R. Matthews, y en gran parte éste era para él la finalidad del viaje, que había estado dispuesto a hacer por su propia cuenta en una goleta en caso de no haber podido conseguir una nueva misión de parte del Almirantazgo.

Los tres fueguinos y el misionero fueron desembarcados en el Seno Ponsonby, donde Jemmy Button había encontrado a su familia; en el primer encuentro reinó la mayor indiferencia y el mismo Jemmy apenas podía expresarse, pues había olvidado casi completamente su lengua nativa y mezclaba incoherentemente expresiones inglesas. Los objetos de que era portador, su vestimenta y los regalos de la tripulación, eran los motivos de interés

En los días siguientes la gente del *Beagle* construyó chozas para sus tres amigos y el misionero, como asimismo labró una sementera y depositó en tierra utensilios y otros objetos necesarios.

Debiendo realizar nuevas exploraciones, el *Beagle* se alejó por algún tiempo y luego regresó para ver qué resultado tenía el experimento del reverendo Matthews entre los salvajes. La decepción fue total: el pobre misionero se había visto continuamente asediado y poco a poco había tenido que desprenderse de todas sus especies, como una forma de salvar su vida, que en más de una ocasión había estado a punto de concluir en manos de grupos armados de piedras y palos.

Inmediatamente el misionero fue tomado a bordo y el *Beagle* tuvo que dirigirse a otras zonas con motivo de sus trabajos científicos. Al cabo de un año regresó para dar un adiós de despedida a los amigos fueguinos. El 5 de marzo echaba las anclas en Bahía Woollya, cerca de Ponsonby, donde esperaba encontrarlos.

No había un alma; pero después de un momento salió de tierra una canoa con varios indios, uno de los cuales se lavaba la cara con mucha agua para quitarse los trazos de pintura a que eran tan aficionados los fueguinos. Era un hombrecillo flaco, sucio, con el pelo desordenado y que llevaba por toda vestimenta un pedazo de género alrededor de la cintura. "Ese hombre era el pobre Jemmy", anota Darwin con desconsuelo.

Las fuerzas atávicas y el ambiente le habían vuelto a su estado primitivo. En el *Beagle* fue recibido con el cariño de siempre, lo vistieron y le hicieron nuevos regalos, pareciendo recobrar los modales adquiridos en Inglaterra. Por su parte, él regaló dos pieles de nutria y puntas de lanzas y de flechas. Contó lo ocurrido últimamente; York Minster y Fuegia Basket se habían retirado a sus islas de más al sur en una gran canoa y antes le habían robado a él

todo lo que tenía. Preguntado por los marineros si deseaba volver a Inglaterra, contestó negativamente, diciendo que tenía suficiente comida, no sentía el frío y que sus parientes eran muy buenas personas. Por lo demás, tenía ahora una mujer.

Fue aquél el último encuentro. Todos lo despidieron emocionados, sumidos en cavilaciones; al llegar a tierra, mientras el *Beagle* buscaba de nuevo el rumbo hacia alta mar, Jemmy encendió una fogata como último adiós<sup>11</sup>.

No obstante el cariño que Darwin había tomado a Jemmy y a sus compañeros, la imagen que nos dejó del pueblo fueguino fue repugnante, como lo era en general la que habían dejado sus predecesores europeos. Pocos grupos aborígenes han impresionado a los blancos, a través de todos los tiempos, tan desfavorablemente como las tribus yagán, ona y alacalufe, que componían el grupo que habitaba desde el Golfo de Penas al Cabo de Hornos. Los rasgos de su vida eran como una visión del hombre en la época paleolítica, la humanidad perdida en los siglos.

Desde Valparaíso, en una carta, recordaba Darwin su primer encuentro con un salvaje yagán, perteneciente a la misma tribu de Jemmy, que parece haberlo dejado conmovido para siempre: "No he visto nada en mi vida que me haya impresionado tanto como la primera visión de un salvaje. Era un fueguino desnudo, sus largos cabellos le cubrían casi por completo, su rostro estaba pintado con diversos colores. En su cara había una expresión que creo que quien no la haya visto no se la puede figurar. De pie sobre una roca profería gritos y hacía gesticulaciones, ante las cuales se comprenden los sonidos de los animales domésticos"<sup>12</sup>.

Durante las exploraciones del *Beagle* tuvo oportunidad Darwin de observar más o menos de cerca a los naturales y de describir sus costumbres y sus bienes materiales, dando a todo ello cierto relieve dentro de su diario.

"Un día —escribe—, mientras nos dirigíamos a tierra, se nos juntó una canoa con seis fueguinos. Eran las criaturas más abyectas y miserables que haya visto. En la costa oriental, los nativos usan de pieles de guanacos y en

<sup>11</sup>Casos como el de Jemmy Button han sucedido frecuentemente. Sin ir más lejos, Annette Laming, en su fascinante libro *En la Patagonia, confín del mundo*, refiere el caso de un joven alacalufe que después de haber recibido durante diez años instrucción escolar y militar en Santiago,

vuelto a los suyos en Puerto Edén, sacudió inesperadamente la vestimenta de la civilización y volvió a la vida primitiva de su grupo.

<sup>12</sup>Martín Gusinde, *Hombres primitivos en la Tierra del Fuego*, Sevilla, 1951. Pág. 41.

la occidental cueros de focas. En estas tribus centrales los hombres llevan generalmente una piel de nutria o un trozo de cuero del tamaño de un pañuelo que apenas les sirve para cubrir las espaldas; lo amarran cruzando el pecho con unas tiras y lo cambian de lado según de donde sople el viento. Pero los fueguinos de la canoa estaban completamente desnudos, incluso una mujer de edad madura; llovía muy fuerte y el agua se escurría por su cuerpo. En otra bahía, no muy distante, otra mujer que amamantaba a un pequeño recién nacido, vino un día cerca del velero y permaneció en actitud de observación, mientras la nieve caía y se derretía en su pecho y en la piel de su niño desnudo. Estos pobres desgraciados tenían un desarrollo escaso, el rostro repugnante y salpicado con pintura blanca, la piel sucia y grasienta, el pelo enmarañado, su voz desagradable y los gestos violentos. Contemplando a tales hombres, se hace difícil creer que sean criaturas humanas y habitantes del mismo mundo. A menudo uno se pregunta qué atractivo puede tener la vida para algunos animales inferiores; ¡con cuánta mayor razón puede plantearse la misma pregunta respecto a estos bárbaros! En la noche, cinco o seis de estas criaturas, desnudas y escasamente protegidas del viento y la lluvia, duermen en el suelo húmedo, apretujados en ovillo, como animales. Cuando la marea baja, sea invierno o verano, noche o día, deben levantarse para coger mariscos entre las rocas y las mujeres se sumergen para recolectar huevos de mar o permanecen sentadas pacientemente en las Canoas, tratando de pescar algún pececillo con unos sedales sin anzuelo. Si se da muerte a una foca o descubren los restos podridos de una ballena, comienza un verdadero festín”.

La miseria de la vida material la vio Darwin proyectada en la vida espiritual, planteándose diversos problemas que no pudo resolver debido a lo fugaz de sus observaciones. Inútilmente buscó algún sentimiento religioso y la creencia en otra vida, pues los datos no le permitieron formar una idea coherente. El entierro de los muertos, el respeto que se les tenía y la existencia de hechiceros, parecían indicar ciertas creencias; pero no era posible aventurar opiniones. La casi absoluta carencia de principios morales que creyó comprobar, era otro testimonio para afirmar la pobreza de la vida interior.

El juicio tuvo que ser forzosamente adverso y surgió la comparación con la existencia animal.

Durante mucho tiempo las observaciones de Darwin y de Fitz-Roy, que coincidían, fueron los testimonios más verídicos respecto a los fueguinos. Eran de testigos presenciales que habían conocido a aquellos aborígenes en estado primitivo antes que la influencia de los blancos se dejase sentir.

Basándose en sus escritos y acumulando unas cuantas noticias allegadas por otros viajeros, redactó don Diego Barros Arana los párrafos relativos a los fueguinos de su *Historia general de Chile*, que, al igual que toda la primera parte de la obra, se resiente de graves defectos, debido, principalmente, al atraso de la investigación en aquellos años<sup>13</sup>.

Desde entonces se han hecho infinidad de nuevos aportes, que han modificado fundamentalmente el conocimiento de los indígenas del extremo austral, hoy día casi totalmente desaparecidos. Varios etnólogos tuvieron oportunidad de estudiar los últimos restos sobrevivientes y la arqueología ha deparado el material complementario. Entre todos los investigadores hay que mencionar con especial énfasis a Martín Gusinde, que llevó a cabo entre los fueguinos una misión científica y de cariño humano. Sufrieron mil incomodidades y peligros, logró conquistar el corazón de los naturales, incorporarse a su vida y obtener el privilegio de participar hasta en sus ceremonias más secretas, como las de la iniciación de la pubertad y las reservadas para los hombres. Sus tres tomos, titulados *Die Feuerland-Indianer*, publicados en Viena en 1931, representan un estudio básico y, a la vez, son la refutación más categórica a la antigua imagen que se tenía del grupo austral<sup>14</sup>. En sus páginas quedó demostrada una intensa vida espiritual, la creencia en un ser superior increíblemente parecido al de los cristianos, y la existencia de ideas morales dignas de ser practicadas en todos los tiempos.

(Continuará)

<sup>13</sup>El tomo I de la *Historia general* apareció en 1884; ese mismo año, en el periódico *La Lectura*, tomo I, pág. 3, Barros Arana publicó un artículo titulado *Los Fueguinos*, que corresponde exactamente a lo dicho en la *Historia general*.

<sup>14</sup>En 1951, publicó Gusinde en Espa-

ña su libro *Hombres primitivos en la Tierra del Fuego*, obra de divulgación llena de comprensión humana. Existiendo muchos trabajos monográficos sobre los fueguinos, por razones de espacio no podemos mencionarlos, como asimismo, porque no entra en nuestro plan.